

El doctor García Medina presenta un libro del doctor D. Carbonell, titulado *Por los senderos de la Biología*, que el autor remite de Caracas a la Academia. Se dispone darle las gracias.

A las diez y media p. m. se levantó la sesión.

El Presidente,

LUIS CUERVO MÁRQUEZ

El Secretario,

Julio Manrique

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DOCTOR LUIS CUERVO MÁRQUEZ EN LA NOCHE DEL 20 DE JULIO EN EL TEATRO DE COLÓN, EN LA REUNIÓN PLENA QUE CELEBRARON LAS ACADEMIAS DE LA LENGUA, DE MEDICINA, DE HISTORIA Y JURISPRUDENCIA

Excelentísimo señor, señores, señoras:

He recibido el insigüe cuanto inmerecido honor de ser designado para llevar la voz de las Academias Nacionales en esta fiesta solemne que conmemora el día glorioso en que el crepúsculo de la servidumbre de un Continente se confundió con la aurora de su organización en pueblos libres e independientes.

La guerra de la Independencia americana es una de las más nobles revoluciones que registran los tiempos modernos. Fue su ideal la conquista del Derecho; su fuerza, la justicia de su causa; sus armas, la convicción inquebrantable, el valor he-

roico, la inteligencia serena, el desprecio absoluto por la vida y por la muerte.

Buscar sus causas íntimas es perderse en los orígenes de la Historia, porque en ningún orden de ideas hay generación espontánea, y en los fenómenos políticos y sociales, más aún que en los físicos, los hechos se encadenan desde la oscuridad de los tiempos que fueron hasta la indecisa claridad de las tiempos que vendrán. El primer hombre que pretendió subyugar a su hermano provocó la primera lucha, la primera protesta del derecho contra la fuerza, porque el sentimiento de la libertad es innato en los seres organizados. Como el insecto recoge sus antenas, la sensitiva pliega sus hojas, la sepia se envuelve en nube impenetrable y huye el indio por el bosque secular: el instinto de la vida se confunde con el instinto de la libertad. Después, en el transcurso de los tiempos, salidos ya de sus agrupaciones rudimentarias, los hombres se unieron en colectividades, en pueblos y en naciones, dulces como el egipcio, sanguinarios como el asirio, sabios como el caldeo, guerreros como el meda, inspirados como el judío, vencidos unas veces, vencedores otras, pero presentando siempre el espectáculo de esas terribles guerras de conquista y de exterminio en las cuales la fuerza bruta dominaba al hombre como domina la maza al toro que sacrifica. Fue solamente cuando la inteligencia llegó al máximo de su esplendor, cuando la noción de lo bello se sobrepuso a todo y la belleza plástica llegó a los límites de lo ideal, cuando se descubrieron verdades que fueron punto de partida de la ciencia,

es decir, cuando surgió esa maravilla portentosa que se llamó la civilización helena, fue solamente entonces cuando las libertades públicas fueron la base de la asociación y el concepto de Independencia, corolario del de Patria, se delineó en sus formas actuales. Maratón, Salamina y Platea fueron el Sinaí de la libertad: ¡solo tanta grandeza pudo engendrar tanta gloria!

Amamos la Grecia por sus poetas, por sus filósofos y sus artistas, pero mas aún porque fue la primera nación en el mundo antiguo que tuvo por ideal la libertad política. Los atenienses se sometían a la ley que los esclavizara a cambio de una sola libertad: la de ser ellos mismos los que la dictaran. Todos esos bienes se hundieron en la jornada fatal de Queronea. Con Mario y la Roma tribunicia se sepultaron las libertades de la República en los splendores del Imperio.

Así desapareció ese bien supremo de la humanidad en Roma y en Atenas.

Mas las ideas no mueren. Semejantes al torrente que baja de la montaña y se pierde en la llanura para reaparecer luégo vivificada su linfa por su curso subterráneo, así las libertades públicas eclipsadas desde el advenimiento del Imperio y durante la oscura noche de los primeros tiempos medioevales, volvieron a brillar con luz purísima casi simultáneamente en diferentes puntos del Continente europeo. Fueron los ásperos desfiladeros de Asturias la fuente y fanal más puros de ese resurgimiento de las ideas de independencia y libertad, que comenzaron en Covadonga y tuvieron su coronamiento con la toma de Granada.

En medio del inmenso entusiasmo que produjo en toda España la captura de la capital muzáabe y en la exaltación de todas las virtudes heroicas y caballerescas que una contienda de siete siglos habían desarrollado, fue cuando tuvo lugar el descubrimiento y principio de conquista y colonización del Nuevo Mundo. A él se precipitaron los gloriosos vencedores del Islam en busca de pelenque donde ejercitar sus hábitos guerreros y de aventuras inhallables ya en los Reinos de Castilla y de Aragón. Aquí vinieron los vascos indómitos que nunca doblaron la cerviz al yugo del árabe conquistador; los aragoneses, celosos de sus fueros y libertades; los nobles castellanos; los cántabros, iniciadores de la liberación hispana; los andaluces valerosos, que siempre fueron rayo de alegría en la tristeza del ostracismo; los guerreros catalanes, y en fin, todo lo que en España pudiera ser valor, independencia y ansia de gloria y de botín. Aquí llegaron Almagro, los Pizarro, Cortés, los Jiménez de Quesada, Nicuesa, Balboa Ponce, Robledo, Belalcázar y la falange de heroicos conquistadores de la América. ¿Qué leyenda antigua hay más sensacional y más trágica que la de Pedro Orsúa? ¿Ni qué tejido de crímenes, grandezas y aventuras más emocionantes que el de Lope de Aguirre, quien, ya vencido y después de haberse alzado en armas contra su Rey para arrebatarse el Perú, suscribía su carta diciéndole: «Hijo de fieles vasallos tuyos en tierra vascongada, e yo rebelde fasta la muerte por tu ingratitude,» soberbia satánica que sólo la da el orgullo español?

Con los conquistadores nos envió España las grandes virtudes y los grandes vicios de su tiempo y la lengua castiza de esa época. Las virtudes las perdió España con el correr de los tiempos, hasta llegar a la abyección de un Carlos IV o al negro despotismo de un Fernando VII, y la lengua experimentó los cambios evolutivos que sufre todo organismo. Separadas las Colonias de la Península por la dilatada extensión del Atlántico y sin medios de comunicación, las nuevas sociedades se organizaron sobre la base sólida de la vieja familia española, cuyo radiante núcleo es la noble matrona, bella, amante y soñadora en su juventud, y siempre abnegada y pronta al sacrificio de una vida de pureza y de candor. Los cambios de Gobierno, las turbulencias interiores o las guerras exteriores no se hacían sentir sino como un eco lejano por el envío de un Visitador, el establecimiento de un nuevo impuesto o el saqueo de una de las ciudades del litoral marítimo. Como los *Durmientes de la Leyenda Dorada*, las Colonias durmieron trescientos años un sueño de quietud y de reposo, de manera que al principiar el siglo XIX en América, se hablaba en español de los siglos XVI y XVII, mucho del cual se encuentra aún entre nosotros, y se defendían los fueros de Aragón y los privilegios de Cataluña, y se conservaba fresco y palpitante el recuerdo de las luchas por la libertad en las Germanias de Valencia o en la insurrección de Castilla.

El espíritu del siglo, como llama Bluntschli esa fuerza misteriosa que uniforma la marcha de las naciones, sopló vientos de libertad sobre la

tierra, y a su influjo aparecieron la República en los Estados Unidos, la revolución en Francia, la guerra de la independencia en España y la revolución libertadora en toda la América del Sur. Brotaron entonces de la cepa vigorosa de los conquistadores y colonos Nariño y Miranda, Morales y Murillo, Martínez Rosas y Moreno y demás precusores de la independencia; Bolívar, Santander, Sucre, San Martín, O'Higgins y Belgrano, a quienes la victoria ungió con el título de Libertadores.

Era el momento propicio de la libertad. Los americanos la reclamaron en el documento más elocuente que ha producido el Foro nacional, escrito por quien fue a la vez el Demóstenes y el Aristides de la nueva Patria. Pero España, que tan heroicamente luchaba por su propia independencia, desoyó la voz de la justicia y del derecho, y negó a los americanos el uso de las libertades públicas que reclamaban. Precisamente porque la España que en el siglo XV había sacrificado la independencia a la libertad, haciendo la unidad política de su territorio, sacrificaba en el siglo XIX la libertad a la independencia, continuando un régimen despótico, incompatible con la dignidad humana.

Fue entonces el rugido inmenso de la fiera que rompió sus cadenas, el estallido del trueno que anuncia la tempestad, el clarín de guerra que desde la cima de los Andes hizo entrar en vibración el Continente americano desde el cabo de Hornos hasta los confines de la tierra de Colón.

Y estalló la guerra, y se desató la tempestad,

y como onda sísmica a la que no es valla ni la empinada cordillera, ni la profunda quiebra, ni la llanura que sin horizonte se dilata en la pampa americana, la idea libertadora se propagó de Norte a Sur conmoviendo desde sus cimientos el edificio secular que España levantara en sus días de grandeza y poderío.

Asumió el pueblo la soberanía de la futura nación, y por un fenómeno que constantemente se ha presentado en las grandes revoluciones que han tenido por objeto una idea noble y levantada, aparecieron inmediatamente como fecunda simiente que se hubiera regado en propicio suelo, filósofos y juristas como Camilo Torres y Camacho; guerreros, como Mejía, Baraya, García Rovira y Girardot; estadistas, como Restrepo; diplomáticos, como Zea; sabios, como Caldas; oradores y tribunos, como Acebedo Gómez y Carbonell; ejemplares de entereza de alma y de virtud, como los Gutiérrez; hombres de letras, como los Pombo y Salazar; patricios, como Lozano y Castillo; ilustres sacerdotes, como Rosillo y Pey. La República se fundó sobre el indestructible cimiento de la inteligencia, la justicia, el valor y la virtud, y su efigie nació nimbada con la auréola de la Gloria.

Mientras unos organizaban el poder civil, otros se aprontaban para la defensa, y en la escuela de la guerra aprendían el noble oficio de las armas. Su primer encuentro con los realistas fue su primera victoria, y el campo de Palacé fue el bautisterio de los futuros héroes. De todo el territorio fueron expulsadas o reducidas a la inacción las fuerzas realistas, y los patriotas en

DISCURSO

poco tiempo se hicieron dueños del antiguo Virreinato. Mas, fuera por su inexperiencia en el manejo de los asuntos públicos, o por el deseo de asimilar sin suficiente preparación lo que se había hecho en otros países, se organizaron en formas inadecuadas de Gobierno, lo que fue efecto, primero, y causa, después, de permanentes desavenencias entre las diversas Provincias, cuyo natural resultado fue la debilitación de la República.

En ese estado se presentó Morillo ante Cartagena, la que, a pesar de una resistencia sobrehumana en que rivalizó con Numancia y con Sagunto, fue tomada por el feroz Pacificador, quien, como mar de leva que todo lo arrasa a su paso, penetró con su horda reconquistadora hasta el corazón del país en la capital del Reino. Su política fue el terror, y el saqueo, el incendio y la matanza los medios de que se valió para pacificar el país. Pretendió extirpar el americanismo, ignorando que nunca la fuerza material ha producido resultados duraderos, que las ideas no se combaten sino con las ideas, y que la cuchilla del verdugo puede segar una vida, pero nunca una convicción. Morillo olvidaba que Felipe II no pudo enseñar la esclavitud al pueblo libre de Holanda, y que los ejércitos franceses pudieron despertar el sentimiento de independencia, pero no enseñar la libertad a los españoles de su tiempo.

En los patíbulos que levantó desde Cartagena hasta Bogotá dejó el germen del levantamiento en masa contra los horrores de la pacificación, y la sangre de sus víctimas será oprobio eterno para quien ordenó su sacrificio. Allí se derramó

la de Torres, Torices, Caldas, Villavicencio, Casa-Valencia, Camacho, Lozano y mil patricios ilustres. Sorprendente semejanza la que a través de los siglos existe entre Camilo Torres, el primer orador, el primer tribuno, la más excelsa virtud que tuvo América, y Cicerón, el maestro de los maestros de la expresión del pensamiento. Ambos escogen el Foro; ambos esgrimen sus primeras armas intelectuales en defensa de los oprimidos; lucha el romano contra la dictadura y combate el americano contra la tiranía; con su elocuencia salva el uno en Roma las libertades públicas, con su palabra anuncia el otro la libertad de un mundo; muere Cicerón, y su cabeza es colgada de una escarpia en la tribuna pública, y pende insepulta la cabeza de Camilo Torres en la ciudad que oyó su verbo portentoso.

Durante este primer período de la revolución, que abarca de 1810 a 1815, la causa española triunfa en todo el Continente y vuelve a someter a los americanos al yugo de la opresión: domina en Méjico, prepondera en Centro América, desbarata en la Cuchilla del Tambo al Ejército patriota, sucumbe Venezuela en las infaustas jornadas de la Puerta y de Aragua, permanecen en la inacción el Ecuador y el Perú, reconcentran sus fuerzas los argentinos, retirándose de la actual Bolivia, y Chile apenas tiene fuerza para atizar sus discordias civiles. Así, mientras España ahogaba en fuego y sangre la revolución en América, hacía triunfar la suya en la Península con actos de heroísmo como los de Gerona y Zaragoza, Arapiles y Bailén.

Se destacan gloriosas en esa época las figuras de Girardot, quien rinde la vida conquistando el derecho en las alturas de Bárbula, y Ricaurte, nuevo Leonidas, que conquista la gloria rindiendo la vida en cumplimiento del deber, mientras que, como espectros sanguinarios, se agitan y se mueven en las llanuras orientales Monteverde y Antoñanzas, Boves y Zuazola.

La represión y la venganza implacable de los realistas provocó una reacción de la causa americana, que forma la segunda época de la guerra de la Independencia de 1815 a 1825, funesta para las armas españolas, durante la cual son destruidos los soldados de la reconquista.

Cuando la invasión de Morillo, Casanare fue el Monte Aventino de la libertad. En esa tierra, hospitalaria siempre para los patriotas, se refugiaron todos los que pudieron escapar de la persecución del Pacificador, y allí se organizó la expedición libertadora de la Nueva Granada.

El paso de los Andes por el Ejército de Bolívar es una de las empresas militares más audaces y que requirió más previsión, más valor y más fe en el porvenir. Escalar las más altas cimas de la cordillera y lanzarse en esas gélidas soledades desiertas para el hombre, desprovistas de vegetación, en donde el aire enrarecido apenas permite la respiración a los habitantes de la altiplanicie, con soldados medio desnudos provenientes de los ardientes climas del Llano y sin práctica en la marcha por los terrenos frágiles, habría sido una acción temeraria para otros que no hubieran sido

los vencedores en Bárbula y Las Trincheras, en Calabozo y Maturín.

¡Cuánta sería la esperanza cuando de la última cumbre antes de empezar el descenso, cual de nuevo Monte Nevo, vio el Ejército cómo se extendía a sus pies, como tierra de promisión, el fértil valle!

Y empezó entonces la lucha con un enemigo aguerrido y descansado que creía tener segura la victoria. Y se combatió en Bonza y se triunfó en el terrible encuentro de Pantano de Vargas, y oyeron las dianas victoriosas de Boyacá, y recibieron las delirantes ovaciones de un pueblo que los acogía como a sus hermanos libertadores.

Y siguió la grandiosa epopeya. Vuela el Libertador a Angostura, y el Congreso allí reunido proclama por boca de Zea, su Presidente, la unión de Nueva Granada y Venezuela: «¡La República de Colombia queda constituida! ¡Viva la República de Colombia!» Y después, la carga formidable de Carabobo, que da libertad a Venezuela, y Pichincha, que liberta al Ecuador, y el imponente duelo a arma blanca silencioso de Junín, y Ayacucho, último estallido de la tempestad que se desató sobre el imperio colonial de España el 20 de julio de 1810.

Y en pleno fragor de los combates se organizaba la Nación, porque la guerra era un medio, no un fin. Cuando la Nueva Granada y gran parte de Venezuela estaban en poder de los españoles, el Congreso de Angostura, después de serena discusión, expedía la Constitución de la República y legislaba sobre administración pública,

ramo judicial y negocios generales, como si se estuviera en completa paz. No aún disipado el humo de Boyacá se reunió el Congreso de Cúcuta, el cual expidió la Constitución de la Gran Colombia, legisló sobre división territorial, abolió la esclavitud, proclamó la libertad de imprenta, dictó leyes protectoras de los indios, atendió preferentemente la educación pública, organizó el sistema de pesas y medidas, en una palabra, organizó el país con tanta sabiduría y previsión, que muchas de esas leyes dictadas no han sido modificadas, a pesar de los frecuentes cataclismos que han conmovido la Nación.

Diferente al mayor número de las revoluciones que han transformado las naciones, la guerra de la Independencia no tuvo reacción que anulara la victoria, como la tuvieron la revolución de Inglaterra y la revolución francesa, ni se detuvo antes de alcanzar su objetivo. Tan grandiosa fue la concepción de los padres de la Patria, que un siglo de progreso no podría modificar un átomo de su pensamiento.

La gloria de la revolución de Colombia estriba en que toda ella fue presidida por un grande ideal que dio por resultado el triunfo del derecho sobre la fuerza, la rendición voluntaria de la espada ante la pluma, el triunfo de la idea, la victoria del espíritu sobre la materia.

El soldado protegía al hombre civil que dictaba las leyes o administraba el territorio. El primer Presidente del Congreso de Angostura fue Zea, el hombre más netamente civil de esa época; el doctor Félix Restrepo, el primer Presidente del

de Cúcuta, y Márquez, la encarnación de la idea civilista, recibió el juramento que hicieron Bolívar y Santander de cumplir la Ley fundamental de la Gran Colombia.

El porvenir es nuestro. Tenemos un país espléndidamente dotado por la naturaleza con dilatadas costas sobre los dos grandes Océanos; gigantescos ríos sobre cuyo suave lomo puedan viajar los productos del arte y de la industria; todos los climas y todas las producciones que el mundo encierra; una raza inteligente, vigorosa y amante del trabajo, e instituciones democráticas que ofrecen libre suelo y aire libre para los oprimidos de las vetustas sociedades.

Hagámonos dignos de tanto bien para que las nuevas generaciones nos bendigan como nosotros bendicimos a los que nos dieron independencia y libertad.

PROFILAXIS DE LA TUBERCULOSIS

POR EL DOCTOR JOSÉ J. DE LA ROCHE

(De Medellín).

Trabajo presentado al segundo Congreso Médico de Colombia

INTRODUCCIÓN

Mucho nos hemos preocupado los colombianos con el grave problema de la lepra griega, y con justa razón se ha trabajado por erradicar de nuestra Patria este terrible flagelo, que ha cubierto de luto tantos hogares en todas las clases sociales de nuestra comunidad; pero nada hemos hecho en el sentido de impedir la difusión de una